

se registren como tales. Tanto en Occidente como en China se manifiesta interés por buscar más fuentes de investigación sobre los judíos en China y han proliferado las publicaciones sobre el tema.

Estos pequeños libros no aportan un conocimiento nuevo; sin embargo hacen una buena síntesis de lo que ya se conoce y constituyen una excelente introducción al tema. En ambos volúmenes, los primeros de lo que promete ser una serie, hay fotos que ilustran el texto y que son testimonios de la presencia de este grupo peculiar en China. Los judíos retratados en las fotografías tienen rasgos orientales y no se les puede diferenciar de los demás habitantes de China. Una vez más, China ha podido asimilar en cultura y rasgos físicos a un grupo minoritario... Queda esperar más publicaciones de este tipo que tienen rigor académico, pero al mismo tiempo son interesantes y fáciles de leer.

FLORA BOTTON BEJA

Muhammad Abdul Jabbar Beg: *Arabic Loan-Words in Malay. A Comparative Study (A Survey of Arabic and Islamic Influence upon the Languages of Mankind)*, The University of Malaya Press, Pantay Valley, Kuala Lumpur, 3ª edición, 1983, XX + 251 pp.

Se trata de un trabajo de aficionado. Se le puede sacar provecho, pero ha de manejarse con cautela. Rico en errores, generoso en inexactitudes, no resulta muy fidedigno. Junto con ideas indigentes sobre el ser del lenguaje y sobre su origen y evolución, incorpora un enorme cúmulo de datos veraces y mendaces. Cada página de este libro "highly appreciated by many scholars around the world" (prefacio del autor a la 3ª edición) ofrece material para más de un comentario. Nos limitaremos a unas observaciones generales y a un par de referencias a puntos particulares.

El volumen se divide en una introducción, un primer capítulo que pretende ser un estudio comparado de los préstamos árabes en las "lenguas extranjeras", un segundo con el mismo título de la obra en su conjunto, un tercero dedicado a los préstamos árabes en la cultura malaya, un cuarto denominado "Notas sobre la etimología de algunas palabras malayas", un quinto que es una lista alfabética de préstamos árabes en el vocabulario malayo moderno, un sexto y último constituido por una "lista seleccionada" (o "selecta") de

préstamos ordenados por temas. Siguen cuatro apéndices; los primeros tres, sobre préstamos lingüísticos árabes: 1) en Filipinas y Tailandia, 2) en birmano, 3) en malayo de comienzos del siglo actual; el cuatro, acerca de los malayos sudafricanos del Cabo. A continuación, índices: 1) "Languages, writers, etc.", 2) "Inter-lingual Arabic loan-words" (que podía haber sido bastante más extenso: se trata de préstamos que se encuentran en varios idiomas), 3) "Titles of books and journals used as sources of information". Luego, una bibliografía tripartita: A. Fuentes árabes, B. Fuentes malayas y "Malay-related", C. Miscelánea de fuentes. Después, unas notas suplementarias sobre préstamos árabes en gujarati y bengalí y un breve suplemento similar acerca del cham. Por último, una posdata con el título: "Arabic loan-words in remote languages", en la cual se entienden por tales tanto el maltés (dialecto del árabe) y el siciliano, como el portugués de Brasil, el maya, el quechúa y el aymará.<sup>1</sup>

Es de lamentar que no se explique el procedimiento seguido en la elaboración de las listas de préstamos. Da la impresión de que (como la del tercer apéndice, tomada de un diccionario de R. J. Wilkinson) en su mayor parte se han obtenido de diccionarios tradicionales, que —dicho sea de paso— suelen indicar entre paréntesis la condición de arabismos de los vocablos.

Habría convenido indicar con qué criterios se ha decidido que la coincidencia en un elemento léxico entre el árabe y otra lengua es un préstamo del primero a la segunda y no a la inversa (de lo cual se recoge algún caso, v. gr. *kafur*, «alcanfor» que se rastrea al malayo), ni es fortuita, ni resulta de un tercer idioma, del que el elemento ha ingresado en forma independiente a cada una de las dos (como sucedería, según el autor, justamente, con el malayo *kapur* frente al sánscrito *karpura* y árabe *kafur*). Cuando se habla de lenguas próximas, como el amhárico y el árabe, ¿cómo se ha determinado que no se está ante una herencia común a los dos idiomas?

No se ve el grado de permanencia de los préstamos que aparecen en las listas, el grado de arraigo al léxico malayo, ni en qué medida y dependiendo de qué se incorporan al sistema de prefijación

<sup>1</sup> En lo referente a las tres lenguas americanas, se invoca (candorosamente) a Arnold Leesberg y sus no fundamentadas atribuciones de semitismo (v. gr., p. 250, "huanaca, «goat»" [sic] se hace provenir de árabe *'anaq* [es decir, *'anaq*, «cabritilla»]). Con las salvedades naturales (p. ej., monosilabismo frente a polisilabismo, etc.); es muy probable que entre dos lenguas cualesquiera se encuentren lexemas semejantes en forma y contenido. Las semejanzas no bastan para atribuir un vínculo "genético" a los lexemas que las poseen.

y sufijación.<sup>2</sup> Tampoco aparecen caracterizaciones dialectales (geográficas) o temporales o de estrato o de registro. Asimismo se echa de menos un tratamiento de las mudanzas semánticas de los vocablos en su tránsito a la lengua de adopción y después de su ingreso a ella.

En la parte ordenada temáticamente, no se señala el criterio utilizado en la selección de temas y de los elementos léxicos incluidos dentro de ellos (¿frecuencia, antigüedad, arraigo, amplitud de registro, disponibilidad, asimilación al sistema fonológico o morfosintáctico...?). Era de esperarse que la lista seleccionada por temas fuera en su conjunto menor que la colección indiferenciada y no seleccionada del capítulo quinto. Eso es justamente lo que acontece. Queda fuera una cantidad de formas léxicas que no caben en ninguna de las categorías. En cuanto a los encabezados temáticos, conforme a lo usual en trabajos de este tipo, las categorías son un tanto arbitrarias y no han sido elegidas de modo que sean exhaustivas y mutuamente excluyentes. De esta manera, se podría conjeturar la presencia de una misma palabra (no nos referimos a la homonimia, desde luego) en dos o más categorías; la conjetura resulta acertada. Un inconveniente de la realización es que dentro de cada tema (categoría) se sigue (en apariencia) un orden no sujeto a principio. El más simple habría sido, dado el empleo de letras latinas, el orden alfabético latino. En tales condiciones, cuando los temas no son demasiado numerosos, un buen índice por temas permite encontrar sin demasiada dificultad cualquier término existente. Cuando el buscador conoce la lengua de origen, la búsqueda se simplifica; así sucede aun en el caso de términos que han sufrido cambios semánticos, pues probablemente una gran proporción no haya modificado su pertenencia a determinada categoría o determinadas categorías (se supone que se aplica el mismo sistema de categorías a la lengua de origen

<sup>2</sup> Se recogen unas decenas de formas afijadas; ej., p. 109: "*adab*, courtesy; *beradab*, courteous"; "*adat*, custom; *beradat*, customary"; "*adil*, fair, impartial; *keadilan*, justice" (árabe *'adil*); p. 110: "*alat*, *peralatan*, tool; instrument" (*\*ala*); p. 112: "*azab*, *keazaban*, punishment; (*mengazab*, to punish)" (árabe *'adab*) p. 117: "*hadir*, present; *menghadiri*, to attend" (de árabe *hadir*, "presente", adj.); p. 131: "*nikmat*, blessing; favour; *menikmati*, to enjoy" (árabe *ni'ma*) (Cf. R. O. Windstedt, *Malay grammar*<sup>2</sup>, Oxford Un. Press, Oxf., 1927, cap. VI, "System of affixation", pp. 73-105. Resulta interesante advertir que también aquí se hallan especímenes: p. ej.: "*wakil*, *mewakikan give power of attorney to*; *yakin*, *meyakinkan assert*", p. 75 —respte. de *wakil*, «agente, representante» y *yagin*, «certeza»—; "*bermashuarat take counsel together*", "*ber'ilmu possessed of magic*", p. 85 —respte. de *maswara*, «consulta, deliberación» y de *ilm*, «saber, ciencia». En estos pasajes, Windstedt no identifica como arabisismos las bases reproducidas).

y a la receptora). El ideal sería contar con un sistema de categorías de distintos niveles y de márgenes conceptuales diferentes, de manera de poder consultar en forma múltiple. Esto se facilita con el uso de computadora; con ella es sumamente sencillo pasar de una lista temática a otra no tematizada; no lo es el camino inverso si alguien no se ha tomado el trabajo de establecer y marcar los campos.

En las páginas 14 y 15 viene un apartado sobre “reglas de asimilación del árabe al hausa”, después de una setentena de préstamos dispuestos en tres columnas (pp. 11-14): hausa y malayo flanqueando las palabras árabes. A propósito de la sexta de dichas “reglas” (consistente en que muchos préstamos adquirieron las terminaciones *-i* y *-u* en hausa), una larga intervención parentética (p. 15) procura refutar al sanscritista e indonesista holandés J. Gonda, quien ha sostenido que las terminaciones *-i* y *-u* en malayo provienen del tamil: “¿Podríamos preguntar al doctor Gonda si piensa que las terminaciones... del hausa también vienen del tamil?”, inquiriere M. A. J. B., e indica que esa influencia le parece imposible por la distancia geográfica y cultural entre India meridional y Nigeria. “It is logical to refute Dr. Gonda’s hypothesis on the ground that the *-i* and *-u* endings in Hausa words of Arabic origin had nothing to do with Tamil influence; by the same token we can say that the *-i* and *-u* sounds at the end of Malay words did not come from India. Both Hausa and Malay languages have developed these features independent of any outside influence.” Curiosa manera de argumentar. Si Gonda hubiera afirmado que todos los fenómenos similares proceden del tamil, el argumento de M. A. J. B., no habría sido tan imperfecto; al menos habría permitido concluir que Gonda estaba equivocado en su pretensión globalizadora (pero por sí solo no habría sido suficiente para concluir que esas terminaciones del malayo no provienen del tamil; además, ha habido contactos desde antiguo, en todo caso). En síntesis: la existencia de un fenómeno de la misma índole que no puede explicarse por el tamil es suficiente para afirmar que el tamil no explica respecto de cualquier lengua “prestataria” los casos de préstamos árabes que en la lengua receptora minan en *-i* y *-u*. (Otra cosa, claro, es que los fenómenos en cuestión sean iguales y que efectivamente sea imposible una influencia lingüística tamil en Nigeria. Si no sucediera así, las premisas mencionadas serían impugnables, pero no la propia argumentación en este aspecto.) Sin embargo, no es suficiente para concluir que en estos dos casos los rasgos se han desarrollado sin influencia externa. Por lo demás, es muy posible que no haya habido tal acción foránea. Aunque también es posible que (como suele suceder) intervengan factores exteriores a donante y receptores junto con los interiores a uno

u otros o, a la vez, a uno y otros. No ha de descartarse tampoco que las terminaciones del árabe literario hayan desempeñado un papel. Una pequeña fracción de la lista de las páginas 11-14 termina en *-u*, frente a una enorme cantidad de terminadas en *-i* y a una apreciable en *-a*, coincidentes estas últimas la mayoría de las veces con el morfema de femenino (reducido) de origen: no todas, sin embargo: *zanaida*, «ritos funerarios», supuestamente procedente de *ýana'iz*. Una abrumada minoría,<sup>3</sup> en consonante, sólo *-n* y *-r*, dos veces en coexistencia con variantes que terminan vocálicamente, en *-i*. En *-ú*: “fikihu (science of Muslim religious law)”, “ilimu (knowledge)”, “shehu, sehu (sheikh)” y “sabulu (soap)”. En los textos árabes, las tres primeras a menudo aparecen en estado constructo, y la forma usual de citación es el nominativo (es decir, con terminación *-u*); la cuarta (probablemente no identificada como palabra del ámbito religioso) acaso se explique por asimilación a la segunda vocal (acentuada). Debe destacarse, por cierto, el hecho de que muchas veces las vocales terminales no coinciden en hausa y malayo, ni siempre en posición final a una vocal en el uno corresponde vocal en el otro, ni a una consonante una consonante; entonces, si interviene un factor externo común han de intervenir también factores diferenciales interiores o exteriores. De otro lado, naturalmente, la insuficiencia del tamil como *explanans* universal no permite descartar que dichos rasgos se expliquen (en parte) en ambos casos por influencias igualmente externas pero de distinto origen.

Parecería haber cierto descuido en la atribución de étimos específicos, más allá de la identificación de la raíz. El descuido no es demasiado grave en sí mismo, pero se vuelve digno de tomarse en cuenta por la frecuencia con que se manifiesta. La página XVI trae una tabla de préstamos que “may substantiate our statement” de que todas las “major languages spoken by Muslims in Asia and Africa have adopted Arabic words to express religious, legal and cultural ideals of Islam.” (Según se explica en nota, se enmienda a la fuente, A. R. Barter, *Learning Languages: The Comparative Method*.) La tabla en cuestión contiene diez vocablos por columna, en cuatro columnas: 1) árabe, persa, urdu, 2) turco, 3) swahili y 4) malayo. Es probable que el agrupamiento de la primera se deba a que se ha tomado como base el sistema de escritura compartido, el árabe, en tanto que para las restantes se han tomado las grafías usuales actualmente, en caracteres latinos. Sin embargo, no parece muy acertado usar una

<sup>3</sup> En turco existen tanto *suph* como *sabah*. V. Kasim Hüseyin Kadri, *Türk lügati*, Cumhuriyet Matbaası, İstanbul, 1945, s. vv., donde se los hace provenir respectivamente de árabe *subh* y *sabah*.

única transcripción para tres idiomas que difieren en pronunciación (entre otras cosas): por un lado el persa y el urdu y por el otro el árabe. Suponemos que se quiso presentar la transcripción del idioma de origen, el árabe (tal vez, parcialmente, en vista de que no faltan hablantes que lo toman como modelo en pronunciación de las palabras oriundas de la lengua de la Escritura). Sin embargo, la tercera palabra está transcrita *Sa'at*, con *-t* de estado constructo y sin indicarse que la vocal de la primera sílaba es larga. (De paso, no se sabe por qué cuatro de las diez, aparte de la inicial, empiezan con mayúscula.) Es dudoso que el turco *fikeret* y el swahili *fikira* provengan directamente de *fiker* («pensamiento», «idea»): es más verosímil que se remonten al árabe *fikra* (nombre de unidad del sustantivo verbal anterior). ¿Por qué el turco *sabah* se hace derivar de *subh* («aurora», «mañana») y no del parónimo y (parcial) sinónimo *sabah* («mañana»)? Al parecer, nada impedía este paso más obvio; específicamente, ni la armonía vocálica ni las reglas de acentuación del turco. El que se requiera una vocal compensatoria (“epentética”), en cambio, daría verosimilitud a la primera hipótesis, ha de reconocerse; pero esa vocal no tenía por qué ser /a/<sup>3</sup>. Análogamente, en la página 53 (dentro de un párrafo titulado “*Arabic «cultural» words in Hindi*”, donde se establecen ecuaciones entre el término hindi y su correspondiente árabe) aparece: “*najumi* (astrologer) = árabe, *Najjam*”. Aunque *najjam* (*naýýam*) es una de las palabras árabes que designan al astrólogo (o al astrónomo), se esperaría que *najumi* procediera de *nujum* (*nuýum*), que, por lo demás, se recoge en la lista de préstamos en hindi (pp. 54-57), a cada uno de los cuales siguen el árabe y el correspondiente malayo: “*Najun* (astrology)/*Nujum*/*Nujum*”<sup>4</sup>.

RUBÉN CHUAQUI [7, 988]

Lila Abu-Lughod, *Veiled Sentiments. Honor and Poetry in a Bedouin Society*, Berkeley, University of California Press, 1988, XIX + 317 pp., ilus., map., (Anthropology/Middle Eastern Studies/Women's Studies).

El libro de la antropóloga Lila Abu-Lughod da cuenta de su estadía

<sup>4</sup> V. *The Student's Romanised Practical Dictionary Hindustání-English and English-Hindustání*, Allahabad, Ram Narain Lal, 1952: “*Nujúm, n* (*Plur. of Najam*).